

significado pastoral de las “comunidades de base”

I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Estamos ante la última de una larga serie de experiencias del Pueblo cristiano en nuestro siglo, la de éstas que podríamos llamar genéricamente “comunidades de base”, por usar un apelativo entre muchos nombres para otras tantas variantes. La experiencia y movimiento de que voy a hablar, incubada durante la Resistencia en la II Guerra Mundial, se ha extendido a partir del Vaticano II y está hoy día generalizada.

Lo más interesante, a mi juicio, de este fenómeno eclesial no es el inventario y los pormenores descriptivos de esta gran variedad de grupos de base, en ebullición y proliferación al presente, sino el descubrimiento de la realidad viva y en movimiento que subyace a ellos y que, en ellos, tiene una de sus formas de expresión; lo que me interesa y preocupa, consiguientemente, es descubrir el significado de esa realidad de fondo.

El método a seguir podría ser éste: supuesto un primer paso de

descripción y clasificación morfológica de esta diversidad de comunidades, y también un análisis científico de tal fenómeno, obtendríamos un fundamento sólido, objetivo y verificado, para poder intentar, en un segundo paso, el análisis crítico cristiano, y llegar a una interpretación evangélica y eclesial del mismo. A partir de aquí, en un tercer paso, considero ya posible la comprensión del significado que tiene para la Pastoral: el sentido pastoral de los hechos. Finalmente, en un cuarto paso, habrá que hacer la recepción de las indicaciones que estos signos proporcionan para las decisiones pastorales, cara al porvenir.

Al decir aquí “pastoral”, entiendo la palabra en un sentido muy ceñido: la conducción responsable y organizada de todas las cooperaciones de fe consciente a la autorrealización de la Iglesia en la historia, precisamente por el cumplimiento de su misión activa de liberación salvadora del hombre y de la Humanidad. Entendido de este modo el término, el objeto de esta reflexión se dibuja así: ¿qué significado tienen las pequeñas y

nuevas comunidades de base para los no menos pequeños grupos conscientes y responsables que hay en los vértices de la conducción del Pueblo? ¿Qué indicaciones proporciona un análisis crítico cristiano del fenómeno, en vistas a las decisiones de una pastoral acorde con la realidad, respecto de esa realidad subyacente que tales comunidades revelan y de la que son fenómeno?

Una motivación pastoral, que incita a plantear estas dos cuestiones, viene de la más seria preocupación por la conducción pastoral que, evidentemente, se ejerce en el terreno de la acción, el cual está esencialmente abierto al futuro. Para tomar decisiones pastorales "ceteramente", habrá que hacerlo, sin duda, de acuerdo con la realidad viva y sus tendencias y derivas profundas al futuro. Solamente un tal acuerdo entre realidad y decisiones puede garantizar la relativa seguridad del futuro, característica de la prudencia pastoral. Yo creo que la prudencia pastoral es una fuerza profética y escatológica, una forma de la esperanza, que siempre "pone el futuro" allí donde algún futuro se abre a la historia de la salvación. Frayer ha sido el que cinceló esta frase: "el futuro no está jamás en ningún lado si alguien no lo ha puesto allí". Exactamente esa me parece la función pastoral de conducción del Pueblo de Dios y el objetivo de la prudencia pastoral, cuyas propiedades son las de una fuerza firme, resuelta, decidida hacia el futuro, serena, atrevida y entusiasta. Con ellas se dan los rasgos de una psicología dinámica de la figura del pastor eclesial.

Si observamos unas pocas notas comunes y constantes entre la diversidad de estas experiencias, por ejemplo, el planteamiento agudo de la relación entre la fe y la vida con-

temporánea, entre la Iglesia y la situación histórica en que está inmersa; la búsqueda de la identidad cristiana en medio de la humanidad actual; el compromiso cristiano, especialmente político-social, que exige la fe; el rechazo de toda "institución" en el sentido de soporte del orden establecido; la construcción de un ámbito comunitario a formato humano donde hacer la experiencia fundamental de ser persona, etc... ¿qué hay debajo de todas esas actitudes y de qué realidad de fondo están siendo "signo"? Se trata de saber si estamos ante un "signo de los tiempos", o se trata de un mero episodio anecdótico. Y caso de tener un significado histórico, ¿qué revelación hace acerca de la realidad viva del hombre y de la Iglesia actuales, para poder tenerlo en cuenta a la hora de las decisiones?

La importancia de la cuestión radica en la consistencia histórica que puedan tener los movimientos sociales espontáneos. Por prácticamente despreciable que fuera el número, la fuerza eficaz y la potencia instalada de estas micro-comunidades, no se debe olvidar que si un movimiento tiene de veras "consistencia histórica", es siempre mucho más importante que el número y valía de sus promotores y sus actividades y que, de un modo u otro, recorrerá su trayectoria en las formas más inesperadas. Para citar solamente tres ejemplos, recuérdese la eficacia final de los movimientos laicales, duramente rechazados, de la última Edad Media en el movimiento reformista; o también, la eficacia final de los grupos socialistas primitivos del siglo XIX europeo, rechazados con mayor dureza aún por el sistema burgués establecido, en el movimiento marxista. O, por último, la eficacia final del humanismo y la reforma católica, duramente rechazados por

la Contrarreforma, en el movimiento conciliar católico de hoy. No tenemos aquí tiempo ni espacio para analizar los procesos que desencadenaron tales movimientos espontáneos precisamente porque tenían "consistencia histórica".

Por eso me parece muy serio preguntarse si, prescindiendo de sus actuales representaciones, grupos y líderes, este fenómeno generalizado y en plena vigencia de las comunidades de base, no estará expresando algo en gestación en el seno de nuestro mundo y nuestra Iglesia, es decir, y en suma, de nuestra humanidad presente. Algo que sería tan estúpido como cruel intentar reprimir, rechazar e incluso aplastar en su versión de inspiración evangélica, de protesta cristiana contra el sistema establecido, de patentización de las contradicciones entre el ideal evangélico y los sistemas de explotación y opresión, porque aflorará inevitablemente, si tiene consistencia histórica, en dolorosas versiones de ruptura con el Cristianismo.

El fenómeno es muy complejo y sólo voy a reflexionar sobre uno de sus vectores: el problema se le plantea a la "base" en cualquier movimiento, tendencia ideológica o país. Lo que parece pasarle a la "base" del Pueblo de Dios, respecto a las instituciones eclesiásticas de tipo meramente histórico o al mero "aparato" pastoral, parece sucederle igualmente a la "base" sindical respecto de la institucionalización (incluso de derecho público) de los Sindicatos de todos los países; y a la "base" popular de los partidos democráticos del mundo libre respecto del "aparato" de sus respectivos marcos de organización; y a la "base" revolucionaria respecto de la línea oficial en el poder, etc. Les remito, p. ej., al último libro, sumamente significati-

vo, de Garaudy, "Reconquête de l'espoir", de Grasset, y al planteamiento que hace en su capítulo "¡El socialismo no es esto!", en que acusa al soviétismo de falsear el socialismo. Permítanme una cita: "Cuando hubo constatado cierto número de "errores" en las trayectorias de las estrellas, tal como habían sido trazadas según el sistema de Ptolomeo, se preguntó si se trataba de veras de una acumulación de errores o bien, si el sistema mismo no era la fuente de todos los errores. Y cambió el sistema... Es una revisión desgarradora de este género lo que en este momento se impone. No para poner en cuestión el socialismo, sino su versión soviética y la exportación de esa versión a los países socialistas. ¿No es necesario, a la manera de Copérnico, reflexionar sobre la gran inversión necesaria: intentar concebir un socialismo que no se construya solamente desde arriba sino desde la base?".

Como pueden percibir los lectores, en todas partes se plantea un problema común: la hipótesis de que la tierra gire alrededor del sol y no a la inversa, de que el sistema de vida de la humanidad en común gire en torno a la "base" y no a la inversa. Ante la acumulación de "errores" pastorales que viene dejando a la Iglesia vacía de clases, mundos y sectores enteros durante decenios, ¿no cabe una desgarradora revisión para saber si se debe al sistema de "los tiempos de..." y no precisamente del Señor y los Apóstoles? No se pone en cuestión el cristianismo ni la Iglesia del Evangelio, sino la versión y el modelo que alguien que no era precisamente Jesús ni su Colegio apostólico ha elaborado y exportado, largo tiempo, a todas las Iglesias. Innumerable gente piensa que hay que revisar el "aparato" pastoral, que como es natural, in-

tenta consolidar su propia instalación. ¿Tiene razón esa gente o no, y en qué? Ese es el trabajo del análisis crítico cristiano de la Iglesia.

II. EL FENOMENO COMUNITARIO DE BASE Y EL CAMBIO SOCIAL

Todos los análisis y analistas del fenómeno de comunitarismo espontáneo de las "bases", coinciden en atribuir también su aparición a uno, entre otros muchos, de sus vectores causales fundamentales: el cambio social que objetivamente está en curso en la sociedad actual, en cualquier dimensión de la actividad humana. En el caso particular de los movimientos comunitarios espontáneos e informales en la "base" del Pueblo de Dios, parece que hay una evidente relación entre ese movimiento de grupos y el movimiento de espíritu recogido y accionado, como un potentísimo "relais", por el Concilio, al revisar el cambio social y exhortar, desde y como exigencia de la fe, a una transformación global y profunda, a un cambio radical, del orden social temporal. Dicho de otro modo: el fenómeno de los actuales movimientos comunitarios de base debería, en tal caso, ser también atribuido, y quizás primordialmente al cambio religioso-social en curso.

Si ponemos el fenómeno comunitario de base en relación con el cambio social y religioso-social, aparece inmediatamente a nuestra observación el hecho generalizado que podríamos llamar "conflicto entre la realización personal y el sistema social construido". A reflexionar sobre esta tensión de caracteres conflictivos graves en nuestro tiempo quiero dedicar estas líneas, tratando de interpretar el fenómeno en aquella sola dimensión: el problema de fondo planteado a

cualquier "base" de la humanidad actual.

Recuerdo la frase de P. L. Berger: "toda sociedad humana es una empresa de construcción del mundo". Voy a entender aquí por "sociedad construida" (o establecida, o instalada, etc.) aquella que ha construido y constituye una realidad social concreta en una época dada y según su propio "sistema", tanto de edificación como de vida instalada. Todos construyen ese orden y todos quedan con su vida instalada dentro de él, hasta el punto de que, durante esa época —la que dure el edificio social levantado—, cada individuo tendrá que hacerse persona y realizarse como tal en proyectos de vida, precisamente dentro del orden público establecido e instituido según ese sistema. Del sistema establecido dependerá evidentemente su personalidad; tanto mejor será un orden, cuanto mejor posibilite e impulse la máxima personalización de cualquier individuo en esa vida social. En el lenguaje del Magisterio pontificio, a ese sistema de condiciones sociales se le suele llamar "Bien común", con una expresión de cierto arcaísmo escolástico que, desde luego, dice mucho menos que la expresión bíblica "creación nueva" y "orden nuevo".

Todos construyen y todos quedan con su vida instalada, pero no con la misma responsabilidad y participación activa, ni en los mismos niveles de vida. Tal vez unos pocos solamente queden instalados en condiciones de realizarse libremente con la ayuda positiva del orden construido. Si en tal caso los demás llegaran a ser capaces de pensar y aspirar a la realización de su personalidad dentro del sistema, habrán de hacerlo a pesar del mismo e incluso en acción para modificarlo y hasta cambiarlo radicalmente.

El Concilio marcaba el gran objetivo de nuestra época al decir: "es la persona humana lo que hay que salvar y es la sociedad humana lo que hay que instaurar". Salvación personal e instauración social constituyen servicio de la Iglesia a la humanidad. (GS, 3). ¿Qué significa este objetivo de ámbito personal y comunitario social? Sin duda alguna sabemos que todo hombre se identifica, como persona, por su libertad y por la experiencia que hace de su creciente liberación, responsable y comprometida, en la construcción social del futuro humano.

Pensemos, pues, lo que ha de ocurrir cuando la experiencia existencial del hombre en una sociedad construida no sea la de que el ejercicio de la vida instalada según ese sistema le libera más y más, sino que, por el contrario, le reduce más y más a un estado de alienación, en que es manipulado por otros como meros objetos y factores eficaces de las funciones de esa sociedad, en beneficio de la expansión de los pequeños grupos de poder. Es inevitable que la toma de conciencia de esa situación de alienación y manipulación haga estallar el conflicto entre personas y sistemas, y que aparezcan comunidades de personas fuera o contra el sistema. Realmente sólo caben entonces dos estados del hombre: o el de frustración personal o el de protesta.

Es verdad que, en una época histórica determinada, recién construido un cierto mundo, sus individuos llegan a hacer propias las bases del mismo, hasta el punto de que para ellos no hay otra "realidad" que el orden establecido. Las categorías sociales en que éste reposa son tenidas por todos como evidentes y axiomáticas, hasta el punto de que ni siquiera se habla

de ellas porque se "sobre-entienden" sin lugar a dudas; dudarlas, criticarlas, cuestionarlas sería inadmisibles para la opinión general; intentar cambiarlas sería un crimen contra "los dioses" de ese orden. Y, por si fuera poco, cada sociedad trata, como es lógico, de justificar su propio sistema creando una ideología que lo avale, religiosamente a ser posible; y mediante la educación, forma a sus individuos en esa imagen de la "realidad", con metodología y pedagogía correlativas a su sistema de construcción y vida instalada. La Psicología moderna ha estudiado profundamente todos estos mecanismos sociales.

Sin embargo, cuando la sociedad construida en una época dada, estrangula de tal modo el proceso de expansión personal que llega a hacer una masa de individuos en alienación completa —es decir, olvidados por completo del proceso personalizador mismo—, el sistema establecido actúa como anestesia de la necesidad vital básica del hombre de hacerse persona, que es su única razón de ser. Pero, entonces, en el límite mismo, esa necesidad básica de la existencia humana, por la que se define el hombre como fin en sí mismo, hace que reaccione el ser personal, intentando romper sus estructuras en busca de futuro personal. La dialéctica misma de conservación del sistema, al endurecerse, crea en su seno las condiciones de la toma de conciencia de la posibilidad y necesidad de otro y del cambio radical de la realidad social.

El cambio social, desde el punto de vista psico-social, puede ser definido como "la pérdida colectiva de las evidencias del sistema". Ante el empuje de las nuevas realidades —desencadenado, en buena parte, por la actividad misma de

la vida instalada— empieza a desvanecerse la “imagen de la realidad” que se identifica con la sociedad constituida, sin lugar a revisión o cuestión alguna, y empieza a ser rechazado el “sobre-entendido” fundamental de la constitución social y la educación: no hay otro sistema posible. Se abre entonces el período dramático entre esa pérdida de las evidencias y el hallazgo de un nuevo “modelo” de realidad social a constituir: el llamado cambio social o crisis histórica. Los viejos hablarán de “crisis”, los jóvenes de “orden nuevo”; por su idioma conoceréis su “edad social”.

Este conflicto, así sumariamente descrito en sus mecanismos, aparece en las características fundamentales de los grupos de base, reveladoras de una crisis existencial y social de este tipo, a nivel mundial. A la vez se presentan a nuestro análisis como una autodefensa contra la frustración personal del hombre, experimentada dentro de los respectivos sistemas; como un rechazo de sus evidencias, por concienciación de sus contradicciones y de la posibilidad del cambio radical; y finalmente como búsqueda de un nuevo espacio comunitario, apto para personas decididas a realizarse como tales en comunidad social adecuada. En este sentido, sea cualquiera la ideología de estas comunidades de base, el rasgo común es la búsqueda de las condiciones del Bien común humano.

Hasta a los más pacíficos grupos caseros de matrimonios les oiremos decir lo que supone para ellos la pequeña comunidad, en orden a sentirse y hacerse personas. Podemos apreciar en estos grupos con qué énfasis afirman la primacía de la vida común sobre las institucio-

nes; cómo anteponen a todo otro valor la mutua amistad, comprometida íntimamente en lo concreto (las comunidades foucauldianas hablan de “tomarse a cargo” los unos a los otros); cómo subrayan su diferencia con los meros “conglomerados” parroquiales donde nadie es “tal” persona para los demás, ni se implica en compromiso alguno con ellos; cómo respiran a sus anchas una libertad de reflexión crítica a partir de sus experiencias confrontadas con el Evangelio; cómo se consideran liberados de “axiomas”; como se sienten a la vez arropados y amenazados en sus pequeños refugios; cómo esperan y desesperan con los acontecimientos que parecen anunciarles el gran cambio tras el cual se sentirán, al fin, en una sociedad fraterna, etc. ...

Por otra parte, sienten cómo se han endurecido las instituciones de todo tipo en la imposición dominativa, desde arriba, de toda clase de fórmulas y estructuras prefabricadas; cómo son manipulados los comportamientos, hasta comerciales y deportivos. Tienen alergia a todo cuanto huele a cloroformo institucional, propinado desde los pequeños grupos de vértice que operan en secreto; resisten a toda institucionalización que pueda enterarlos bajo un alud de órdenes, métodos, planes y programas “dictados” desde las cumbres de los comités sin contar con la base para nada realmente decisivo. Están en la tónica general de huida de las instituciones del mundo constituido, que en el mundo actual las vacía de pueblo y que hace a la gente ir en masa a terrenos aparentemente no institucionalizados, como el camping, el estadio, la playa o la simple sala de fiestas. Hasta que descubren que “también” están institucionalizados por el sistema.

Se comprende perfectamente que no haya dos comunidades de fisonomía idéntica, como tampoco suele haber "dobles" personales. Si la comunidad de base es el lugar de encuentro y desenvolvimiento de personas concretas mediante relaciones interpersonales, su fisonomía estará en función de "tales" y "tales" personas y, consiguientemente, será distinta en cada comunidad. Eso mismo les llevará a proclamarse "informales", para evitar que cualquier regla institucionalice un molde de hacer personas y comunidades en serie, según un sistema prefabricado o establecido. La panorámica de las comunidades de base tiene que ser abigarrada y polo opuesto de las formaciones militares hitlerianas.

Igualmente se comprende por qué suelen tener una mayor o menor carga de tensión política, ya sea como preocupación, ya sea como acción comprometida en el campo social o cívico, ya sea como fin específico del grupo. En general se caracterizan por poner en relación la experiencia evangélica con la acción política, con afán a veces explícito de superar el dualismo y los fosos convencionales entre lo espiritual y lo temporal. Son un exponente sumamente significativo de la secularización de la vida humana cotidiana y social y de la trayectoria ascendente de la promoción del laicado cristiano y de su toma de conciencia de lo que significa la realización secular de su fe vivida en el mundo. Para este aspecto remito al análisis que hace Useros en su último libro "Cristianos en la vida política". Queda, para mí, fuera de toda duda que el fenómeno de las comunidades de base se inscribe totalmente en la evolución del laicado cristiano y representa la fase en que el laicado, cuyos movimientos son intervenidos por el aparato pastoral en

razón de sus opiniones seculares, busca un camino auténticamente cristiano de secularidad, con mayor o menor fortuna.

Se explica también el modo que estos grupos tienen de plantearse las relaciones con la Jerarquía episcopal y el Clero. Para comprender el lenguaje y las actitudes de muchos de estos grupos es indispensable hacerse cargo de lo que para ellos representa la Iglesia como Institución.

La expresión más clara de la interrogante que suelen hacerse, ante las contradicciones difícilmente explicables y las incoherencias entre predicación y acción, podría ser ésta: ¿realmente hace falta una "institución" eclesial? Esta cuestión se explica, si se tiene en cuenta que el concepto que suelen hacerse de "institución" eclesial, y que es el que realmente contestan o rechazan, es: "la institución es la forma de organización eclesial resultante de un doblaje mimético de las instituciones profanas por un proceso de adaptación e integración de la comunidad eclesial en la sociedad global, en cuyo mundo construido se ve obligada a vivir". Pero, entendiéndolo así, es lógico que vuelvan a preguntarse: ¿y por qué, si se ve obligada a vivir en ese cuadro, "a menos que lo cambie", no se empeña y compromete seriamente en ese cambio social? Ya se ve que, en este esquema mental, quedan vinculados entre sí por conexiones históricas muy estrechas, el cambio social de sistema y el cambio eclesial de instituciones. Y se compromete también el verdadero sentido de la escandalizante frase: "el Evangelio ha sido secuestrado por la Institución"; en lo cual parece darles la razón una Administración empeñada en dar forma de Ley al Evangelio.

Finalmente, se comprende bien la peculiar actitud que toman los grupos de base ante los clérigos que intentan entrar en ellos; y sobre todo, las características peculiares de los grupos de base exclusivamente clericales. No es posible desarrollar aquí este aspecto especial y sumamente importante del fenómeno.

Creo que es importante plantearse así el problema fundamental común, no ya a las comunidades de la "base" del Pueblo de Dios, sino a todas las "bases" en cualquier edificación social contemporánea. Hay que cortar de raíz todo intento de banalizar el fenómeno reduciéndolo a mezquinas proporciones políticas o eclesiásticas de vía estrecha y "coterie" selecta, como suelen acostumbrar a hacer diversas gestorías del sistema; y también, todo intento de trasladar la cuestión al terreno apocalíptico de las tenebrosas maquinaciones del Anticristo y sus ocultas sectas de iniquidad diabólica, que manejan sus hilos multicolores desde el Averno, el Kremlin, las Sinagogas, las Logias, etc.

III. CARACTERISTICAS DE UNA PASTORAL RECEPTORA DE LAS INDICACIONES DE SENTIDO DE LA REALIDAD MANIFESTADA POR EL FENOMENO COMUNITARIO DE BASE

De hecho está ya en curso una serie de transformaciones eclesiales. En cierto sentido los procesos en marcha son irreversibles, pese a la resistencia de las estructuras y a la impaciencia de los dinamismos frenados. Ahora bien, para conducir certeramente estos procesos de cambio, ¿qué indicaciones pastorales parece estar significando la realidad manifestada por los fenómenos socio-religiosos del último

decenio? Entre las que a mí se me alcanzan, encuentro las siguientes, por señalar algunas:

1.^a Concebir la conducción pastoral, no en términos de conservación del pasado, sino en los de *posición del futuro*.

A mi corto entender, la función eclesial de conducción pastoral del Pueblo de Dios está referida al Futuro Absoluto. Propiamente, esa es la clave de la Historia de la Salvación, en la que en realidad no hay ningún pasado, sino fases sucesivas del Advenimiento del Futuro. De ahí una actitud eclesial de construcción del futuro "siempre mejor", esencial a la fe, y que implica una permanente actitud auto-crítica y hetero-crítica. Esta actitud, constructora del futuro y crítica del presente, se ha hecho hoy día culturalmente posible y pastoralmente adecuada; ya que la cultura contemporánea se caracteriza por su posible abalanzada hacia el futuro, en postura crítica del pasado en función de ese porvenir.

2.^a Situar las decisiones pastorales en la *historia de las experiencias del Pueblo cristiano en nuestros tiempos*, tanto o más que en las leyes y tradiciones heredadas de generaciones relativamente próximo-pasadas.

Me parece a mí que, ayudándose de una moderna teología de la historia de la salvación, los responsables pastorales tienen que cultivar conscientemente el carisma del discernimiento de esas experiencias, en lo que puedan tener de impulsos del Espíritu de Dios, estén de acuerdo o no con las corrientes de pensamiento meramente teológico antiguo y moderno. Al Pueblo le urge poseer una interpretación lo más auténtica posible de la trayectoria al futuro que trazan esos im-

pulsos, en los que se manifiestan los "camino de Dios" rumbo al futuro. Veo en esta tarea el gran papel a jugar por el Magisterio. También considero urgente la elaboración de una historia contemporánea de la Iglesia, en la que destaquen, sobre el cañamazo de los sucesos, los trazos de los hechos salvíficos.

3.^a Comprender más profundamente, en la fe, los fenómenos y procesos actuales de *secularización* de la vida social, y de *ascenso y promoción del laicado cristiano*.

Llegar a establecer con precisión criterios que permitan juzgar con seguridad lo que está indebidamente sacralizado (o respectivamente secularizado) para, recíprocamente, re-secularizando o re-sacralizarlo, devolviendo a toda realidad actual su verdadero significado como "mundo" y como "creación", su significado secular y sacral. Sin esta precisión, no me parece posible resolver ninguna cuestión de las que plantea hoy la necesidad de reconocimiento del laicado en la Iglesia.

4.^a Precisar *la solidaridad responsable de la Iglesia* en la acción cristiana, sobre todo de los laicos, en la instauración del *orden temporal*.

A mi entender, no se puede insistir ya en la norma, tan difícil para muchos: "no comprometerás a la Iglesia". En cambio urge revisar las concepciones usuales acerca del compromiso concreto de la Iglesia y de todos los cristianos, sean cuales fueren sus opiniones libres en lo secular, cuando están en juego las consecuencias de la predicación del Evangelio, aplicado a la actualidad concreta. Entiendo que es dañina la confusión entre "lo concreto" y "lo secular autónomo". En lo concreto ha de darse la

responsabilidad solidaria de toda la Comunidad eclesial respecto a aquellas decisiones que, en lo secular, son de veras exigidas por la fe.

5.^a La Iglesia se encuentra ante un problema de "informalidad" respecto de sus aspectos *institucionales*. Esto impone, a mi juicio:

a) Expresión máximamente clara de la diferencia entre lo que la Iglesia tiene, "en concreto", de Institución configurada socialmente por voluntad del Señor y lo que "hoy" tiene de acumulación sociológica, histórica y jurídica, de impactos de los sucesivos sistemas sociales y culturales, establecidos por diversas generaciones y culturas de la evolución humana.

b) Disipar a ultranza una falsa imagen de Iglesia como "Institución a secas", puesto que es "Comunión" más esencialmente aún, y es la Institución para la Comunión y no al revés, como es la Ley para el Hombre. Máxime hoy, cuando se acusa a la Iglesia de ser una mera Institución "de por sí y para sí" misma; o cuando tantos se la representan como un mero residuo sociológico de la simbiosis con las culturas del mundo. ¿Cuál es el contenido y sustancia, realmente divina, de la confesión: "creo en una santa, católica y apostólica Iglesia"? No hay respuesta si se limita a la simple reafirmación de la verdad parcial de que es Institución, pero no afirma solamente que nadie podrá introducir "instituciones" contra la Comunión que el Señor ha instituido social e institucionalmente. La Institución eclesial es, precisamente, la garantía de que no se introducirán "instituciones" contra esa Comunión, para atornillarla a sistemas y culturas, interesadas en su aval como justificación religiosa.

6.^a La Iglesia se encuentra ante un *problema existencial de fe y de vida*.

Por tanto, si yo no veo mal la cuestión, la respuesta se habrá de dar viendo la fe en lo concreto; no bastará la reiteración de la unidad de la fe en abstracciones dogmáticas, puesto que las diversas "espectativas" contemporáneas aspiran a ver a la Iglesia presentada al mundo como la opción básica común" de los creyentes en el Evangelio de la Iglesia —no hay otro— y a partir de él, ante la realidad concreta de los hombres de hoy y compartiendo de hecho una vida de liberación salvífica. Todo ello implica una "pastoral comprometida de liberación". La unidad de la fe no se salvará con nuevos formularios para el "credo" que deba hacer, en obsequio racional, cada individuo creyente; sino con la "unidad de compromiso por causa de la fe", de todo el Pueblo cristiano, en la actualidad concreto de los hombres.

7.^a La Iglesia se encuentra ante un problema de *rechazo del monolito masivo de sus estructuras vigentes*.

Entiendo yo que no resultará adecuada una respuesta que se limite a reafirmar, rígidamente, las estructuras organizativas básicas. Parece que la responsabilización creciente del laicado entraña una reforma de estructuras, hasta hoy clericales casi exclusivamente, reforma que los clérigos no están en condiciones de percibir en qué ha de consistir para integrar activamente a los laicos. ni qué exigencias estructurales plantea la misión específica de los laicos de instaurar, según el Evangelio, el orden temporal. Entre los vértices solitarios y la informe masa de base hay que crear todo un nuevo sistema

de participación activa y corresponsable de comunidades, donde el agrupamiento sea efectivamente personal y en compromiso fraterno mutuo y concreto, y donde la acción cristiana en el mundo encuentre el sistema de libertades de iniciativa creadora. O lo que es lo mismo, la reorganización del Pueblo, en unidades realmente comunitarias, y de la Institución eclesial en organismos vivos, de cara a la misión del Pueblo en la vida temporal concreta del mundo.

8.^a La Iglesia se encuentra ante un problema de *pérdida de las evidencias*.

A mi modo de ver, ya no será posible seguir diciendo que todo está claro como el agua o bien oscuro como el misterio. Lo más evidente hoy día es que la "imagen de la realidad" no era más que el orden construido de hecho; y que la verdadera y profunda realidad —eclesial y también social— puede ser configurada de otro modo, sin que por eso deje de ser la Iglesia de Cristo y el Mundo del Hombre. Todo ello me parece que indica a la pastoral la necesidad de ser "pastoral de la crisis", de revisión de los supuestos axiomas y sobreentendidos, aparentemente básicos e inmutables... pero no para quienes los contestan con hechos desde la base; y finalmente, de invasión de los modelos y prototipos del futuro, para ofrecerlos a la humanidad que busca salida.

9.^a La Iglesia se encuentra ante un problema de *salida al futuro*.

No sé si con acierto, soy de opinión de que el Pueblo cristiano necesita formar conciencia histórica a la luz del Espíritu. La pastoral necesita ser "pastoral de concienciación", no sólo en el sentido de formar conciencia moral, sino so-

bre todo, histórico-salvífica colectiva: ser una Comunidad consciente de la etapa de la historia de la salvación en que a la Iglesia le ha tocado vivir, bajo la acción del Espíritu de Dios. Eso supone una intensa acción pastoral para educar a los cristianos en aquel "discernimiento" espiritual que S. Pablo califica de madurez de la vida cristiana. Y, con ello, una reeducación en la oración, vueltos a entenderla como búsqueda de las iniciativas históricas de la voluntad divina sobre cada uno y sobre la Comunidad como tal. Una "pastoral de educación de la fe para la vida histórica", sin los psicologismos individualistas de lo que se nos enseñó hace solamente veinticinco años como oración. Hay que encontrar los métodos adecuados para alcanzar la unión con Dios en la entrega comunitaria a la construcción del futuro humano, en el sentido del Futuro Absoluto. O sea, una "pastoral del orden nuevo", que el Mensaje evangélico proclama y que constituye su esencia. Máxime si se considera que ya no debe volver a ser posible ni una "Iglesia en poder de los laicos", como en la alta Edad Media, ni una "Iglesia en poder de los clérigos", como en la etapa siguiente.

Plantear la pastoral, esto es, la acción de la Iglesia en el mundo y en su propia autorrealización, co-

mo pastoral del orden nuevo tiene otro valor, decisivo para el hombre contemporáneo. En efecto: ¿para qué el cambio social? ¿Para construir otra vez un orden establecido en el que reaparezcan, incansablemente e inevitablemente, los mismos problemas de institucionalización, inherentes a todo sistema de "mundo construído"? ¿No será que la historia humana es un absurdo construir y destruir, un perenne tejer y destejer la tela de Penélope? ¿Tendría algún sentido el afán revolucionario que, una y otra vez, ve cristalizar la "línea oficial"? Ante estas interrogantes no me parece respuesta satisfactoria la afirmación de unas "postrimerías", presentadas en términos de "más allá", derivados de antropologías dualísticas; me parece necesaria la elaboración de una respuesta al dinamismo humano a partir de la revelación de lo escatológico; y tanto del "futurum praesens" como, sobre todo, de aquel Orden Final del hombre y de la Humanidad, que constituye la Promesa de la Resurrección y de la Recapitulación universal. Remito al célebre libro de von Balthasar sobre el acabamiento del hombre, titulado "Das Ganze im Fragment" (en la traducción francesa de Desclèe, "De l'integration"). Pienso que aquí está la clave de bóveda del edificio pastoral que habría que empezar a construir.